
Escrituras acuerpadas como ética del cuidado en el periodismo narrativo mexicano

Escrituras acuerpadas as Ethics of Care in Mexican Narrative Journalism

ANA MARÍA GONZÁLEZ LUNA C.

Università degli Studi di Milano-Bicocca, Italia
anamaria.gonzalez@unimib.it

Resumen: A partir del verbo acuerpar en su sentido comunitario de escritura que se hace colectiva, como forma de resistencia ante el horror de la violencia; una escritura entendida como antídoto contra el dolor, como capacidad crítica, propongo una lectura del periodismo narrativo mexicano como espacio que permite romper el sistema epistemológico que separa el conocer del sentir, demostrando cómo los afectos modelan la relación de la comunidad y despliegan nuevos y necesarios lenguajes que cuestionan la contemporaneidad. Se subraya la exigencia de cuidado y autocuidado encarnada en las cronistas que pugnan por un periodismo de esperanza y se plantean la compleja cuestión de la representación del cuerpo del desaparecido poniendo a su vez en juego su propio cuerpo. Una forma de incidir en la esfera pública desde los afectos y de testimoniar la transformación de un sistema que genera violencia y muerte.

Palabras clave: periodismo narrativo, afectos, ética del cuidado, Daniela Rea, Marcela Turati

Abstract: Based on the verb *acuerpar* in its communal sense of writing that becomes collective, as a form of resistance to the horror of violence; a writing understood as an antidote to pain, and as critical capacity, an emotion that sustains the community at the moment when order crumbles, I propose a reading of Mexican narrative journalism as a space that allows us to break the epistemological system that separates knowing from feeling, demonstrating how affects shape the relationship of the community and deploy new and necessary languages that question contemporaneity. It underlines the demand for care and self-care embodied in the chroniclers who strive for a journalism of hope and raise the complex question of the representation of the body of the disappeared while putting their own body at stake. A way of influencing the public sphere from the point of view of affection and of bearing witness to the transformation of a system that generates violence and death.

Keywords: Narrative Journalism, Affect, Ethics of Care, Daniela Rea, Marcela Turati

Recibido: abril de 2023; **aceptado:** octubre de 2023.

Cómo citar: González Luna C., Ana María. "Escrituras acuerpadas como ética del cuidado en el periodismo narrativo mexicano". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 46 (2023): 42-54. Web.

Acuerpar es hacer comunidad con otras.
 Acuerpar es hacer la palabra abrazo, es hacer palabra que abraza,
 es abrazar acuerpando todos los cuerpos que no están
 y los que están buscando a los que no están
 y los que están porque siguen acuerpando a sus más queridos.

Sara Uribe, "Aquí sigue pasando la guerra"

A partir del verbo acuerpar en su sentido comunitario de escritura que ressignifica el miedo en esperanza, forma de resistencia ante una violencia horrificada –según el concepto de Adriana Cavarero–, como la que se vive en México desde hace décadas y que pone en riesgo a quien intenta documentarla y contarla, propongo una lectura del periodismo narrativo capaz de romper el sistema epistemológico que separa el conocer del sentir, demostrando cómo los afectos modelan la relación de la comunidad, como afirma Mabel Moraña, y son a su vez motor de una escritura que le apuesta a la ética del cuidado, siguiendo el concepto expresado por Carol Gilligan.

Si cualquier forma de violencia exige una respuesta de cuidado, como indica Maggie FitzGerald, el periodismo de esperanza propuesto por Daniela Rea y Marcela Turati en *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempo de muertes* que, casi una década después, desemboca en *Ya no somos las mismas y aquí sigue pasando la guerra*, se escribe como exigencia de cuidado y autocuidado de quienes se plantean la compleja cuestión de la representación del cuerpo de la víctima, tanto del desaparecido como el de sus familiares, poniendo a su vez en juego su propio cuerpo. Es un ejemplo evidente de la posibilidad concreta de incidir en la esfera pública desde los afectos (ver Sedgwick) y a la vez testimoniar la transformación encarnada de la narcomáquina en necromáquina descrita por Rossana Reguillo. Desde sus prácticas, estas periodistas buscan “cuidar la muerte para cuidar las vidas” (Turati y Rea 8); cuentan la violencia desde el cuerpo como posible única respuesta común al dolor, como resistencia y capacidad crítica. Emoción que, como señala Rebecca Solnit, sostiene la comunidad en el momento en el que el orden se desmorona. Su escritura es testimonio de las redes íntimas de mujeres que salvan, y también de la construcción de redes de periodistas que cubren desapariciones, para acompañarse mientras intentan entender la crisis y aprenden a investigar de manera segura.

A este propósito, Marcela Turati, en una entrevista de febrero de 2023, reconoce que en su trabajo periodístico ella y sus colegas se implican con las víctimas y han pagado un costo muy alto por ello. El impacto emocional al tratar temas tan sensibles como el ocultamiento de cuerpos, es un factor que los vulnera y afecta:

[A] tocar tanto dolor llega un momento en que te quiebras, obvio que las familias tienen todo el peso de la carga, yo no quiero comparar lo que nos pasa a los periodistas con lo que sufren las familias, pero lo que sí empecé a ver es que muchos periodistas a la larga se empiezan a quemar emocionalmente y ya no pueden hacer esto. (Gándara s.p.)

Llamo escrituras acuerpadas a las de estos cronistas contemporáneos que rescatan de la oscuridad y del silencio las historias de violencia y muerte en México, donde se estima que cada día desaparecen veinticinco personas y se cometen once feminicidios,¹ donde la tierra guarda cuerpos y es tumba de personas que fueron enterradas de manera clandestina, donde los caminos se activan con los pasos de los buscadores. ¿Cómo puede la escritura representar un cuerpo que no está ni vivo ni muerto, ni presente ni ausente? Si la necromáquina, en cuanto disolución absoluta de la vida en un estado de urgencia constante (ver Reguillo 18), ha aumentado la crueldad y la brutalidad sobre los cuerpos, destruyendo no solo la singularidad del sujeto sino la condición humana (ver Cavarero), ¿cuál es el objetivo y el sentido del periodismo de investigación y narrativo?, ¿cómo se realiza un periodismo “que no se quede en la denuncia, que abra caminos de esperanza y vías para transformar la realidad” (Turati 102), que abra espacios donde la sensibilidad pueda tener cabida y permita mirar las historias desde otro lado (ver Rea, “La justicia”)?

Lo que no se nombra no existe. Las escrituras acuerpadas nombran los cuerpos ausentes, los reconstituyen con la palabra; con fragmentos de lenguaje que aluden a los fragmentos corpóreos, configuran un nuevo cuerpo, un nuevo texto, como afirma Sara Uribe. Y lo hacen, en palabras de Daniela Rea, en un continuo proceso de cuestionamiento sobre cómo nombrar el horror, cómo acercarse para intentar comprenderlo, y entonces, conjurararlo y desactivarlo. Y con la conciencia de que “el cuerpo muerto, en tanto que masacrado, es sólo un residuo de la escena de la tortura” (Cavarero 60).

A raíz de la política de seguridad del gobierno de Felipe Calderón Hinojosa (2006-2012), un grupo de periodistas, ajenos a la espectacularización morbosa de la información y conscientes de los riesgos que implica hacer un trabajo serio y bien documentado, de la responsabilidad de elegir qué y cómo contarlo en el respeto del testimonio, se han ido uniendo para protegerse y prepararse profesionalmente, para trabajar colectivamente apostándole a un periodismo crítico y de calidad que busca fortalecer la rendición de cuentas y ayudar a construir una sociedad más justa y transparente. Es lo que han hecho Daniela Rea y Marcela Turati a partir de la creación de la Red de Periodistas de a Pie en 2007, para ayudar a los periodistas mexicanos que se encontraban en una situación precaria en el ejercicio de su profesión, para defender la libertad de expresión y para apoyar los procesos de protección y autocuidado. De esa semilla surgió más tarde el portal *Pie de página*, que actualmente dirige Daniela Pastrana, así como también el proyecto “A donde (Ile)van a los desaparecidos” unido estrechamente a la organización de investigación periodística Quinto Elemento Lab.

¹ México superó el 16 de mayo de 2022 las 100,000 personas desaparecidas de acuerdo con el Registro Nacional de Personas desaparecidas o no localizadas. Hasta junio de 2022 se registraban sólo 36 sentencias por desaparición forzada y más de 52,000 cuerpos no identificados de personas fallecidas: “Las cifras han cambiado y el ritmo en que se producen también. Cada uno de los días en que Felipe Calderón gobernó al país, un promedio diario de ocho personas fueron desaparecidas. Con Enrique Peña Nieto, el número se duplicó y saltó a 16. La vorágine no ha parado. En los tres años y medio de gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador, la cifra escaló a 25” (Turati, Tzuc y Gómez Durán s.p.).

Desde distintas plataformas, estos cronistas nos cuentan de los cuerpos nómadas que vagan en bolsas negras dentro de camiones con refrigeración precaria, de los cuerpos enterrados en cementerios municipales, cuerpos que han sido tratados como desechos, piezas que ya no sirven para nada, pero que, no obstante, hay que almacenar en algún sitio. “Lo relevante es la narrativa que rodea a estos cuerpos que cotidianamente desfilan como estadísticas vacías, normalizadas, o como noticias espectaculares” (10), nos dice Rossana Reguillo subrayando la desmesura expresiva de la violencia “como lenguaje epocal en el cual el control se rige por mecanismos semánticos espectaculares” (16). Frente a tantas violencias de la *necromáquina*,

el lenguaje naufraga, se agota en el mismo acto de tratar de producir una explicación, una razón; las violencias en el país hacen colapsar nuestros sistemas interpretativos, pero, al mismo tiempo, estos cuerpos rotos, vulnerados, violentados, destrozados con saña, se convierten en un mensaje claro: acallar y someter. (Reguillo 47)

Sin embargo, existen *contramáquinas* “que interrumpen el flujo, irrumpen en la escena para rescatar no solamente cuerpos, sino el sentido de lo humano” (Reguillo 19), como dispositivo de respuesta al poder casi total de la máquina, proponiendo espacios, lenguajes, modos de una intelección que ayuda a calibrar nuestros precarios instrumentos para descifrar un poder que se asienta en el trabajo de la violencia, y en la producción sistemática del horror. Uno de estos dispositivos de la *contramáquina* es la crónica como narrativa del periodismo de investigación,² como escritura a la intemperie capaz de hacer hablar a las víctimas sin reducir las a una condición inerme, de traer al centro de la escena esa escena posterior: la desolación y destrucción total que la máquina deja tras su paso. La producción en serie no sólo de cuerpos rotos, sino de ciudadanos que, en el epicentro del horror, son aún capaces de narrar y, por lo tanto, de vivir (ver Reguillo 57), con un lenguaje capaz de desplegar los vocabularios del afecto que permiten interrogarnos sobre una realidad contemporánea que rebasa los lenguajes que tenemos para nombrarla y discernirla (ver Sánchez Prado 13).

El periodismo de esperanza

En 2012, Daniela Rea y Marcela Turati editaron el libro colectivo *Entre las cenizas: Historias de vida en tiempos de muerte*. En este trabajo expresaban su apuesta por un periodismo de esperanza que contara la guerra contra el narcotráfico no desde la sangre, sino

desde la dignidad de los sobrevivientes, desde las costuras invisibles del amor que se asoman entre las ruinas, desde las personas sanadoras de almas, desde quienes se hicieron escuchar cuando salieron a las calles a gritar su verdad en público, desde las que se organizan con la inquietud de hacer algo. (Turati y Rea 9)

² “La crónica, en femenino, relación ordenada de los hechos; y en masculino, lo crónico, como enfermedad larga y habitual, se instaura hoy como forma del relato, para contar aquello que no se deja encerrar en los marcos asépticos de un género. ¿Será, más bien, que el acontecimiento instaura sus propias reglas, sus propias formas de dejarse contar?” (Reguillo 57).

Y así aprendieron “que el periodismo de esperanza exige entender procesos y que las soluciones esbozadas por quienes se oponen a la violencia son esfuerzos incipientes, sostenidos con pinzas, con actos de amor cotidiano, a contracorriente del vacío del Estado” (Turati y Rea 10).

Ya en el propósito inicial del trabajo de estas autoras encontramos la intención explícita de incidir en la esfera pública desde los afectos. Una emoción intensa como la indignación ante la pérdida de respeto por la vida humana mueve hacia un esfuerzo colectivo de periodistas hermanados por la necesidad de construir un periodismo de esperanza, que más que puerto es horizonte de exploración y en el que el verbo esperar, como amar, significa correr riesgos y ser vulnerables a los efectos de una pérdida, reconociendo la incerteza del futuro y tratando de participar en su creación (ver Solnit). Una escritura que provoque en el lector esa misma indignación sentida por ellos y mueva a la acción, que “encuentre y cuente las historias de personas que, manejando su miedo, esbozan una respuesta a la pregunta que nos persigue: ¿qué podemos hacer?” (Turati y Rea 10).

Junto a Daniela Rea y Marcela Turati participaron en este proyecto de la Red de Periodistas de a Pie: Thelma Gómez, Alberto Nájjar, Daniela Pastrana, John Gibler, Vanessa Job, Lydiette Carrión, Luis Guillermo Hernández y Elia Baltazar. El esfuerzo de todos implicó pararse ante el horror desde una perspectiva distinta que les permitió encontrar la reserva moral de un país herido y violento para contar los relatos de la gente que se sacudió la ceniza, retomó las riendas de su vida, sembrando esperanza y revelando una ética del cuidado. Como las mujeres del municipio indígena de Cherán en Michoacán que iniciaron la lucha por defender su comunidad del saqueo, los asesinatos y la desaparición de su gente. Lo hicieron atrincherándose como lo hacían sus abuelos. Y así, encendiendo fogatas que iluminaban las calles durante meses, se convirtieron en símbolo de resistencia y unión: “las fogatas sirvieron para cuidarnos y conocernos”, recordaba Rosario, una de las mujeres (Gómez 37). O la emblemática experiencia de Las Patronas en Veracruz que al dar de comer y de beber a los migrantes centroamericanos que viajan en el tren llamado “La Bestia”, “alivian el dolor de un largo viaje donde los migrantes enfrentan, en cada kilómetro el riesgo de secuestros, accidentes, asaltos, extorsiones, golpes, enfermedades, abusos sexuales, calor, frío, soledad” (Nájjar 56). Otro pedacito de esperanza lo encuentran los migrantes que recorren la ruta de la muerte en albergues, como el que Pedro Pantoja, sacerdote jesuita, abrió en Saltillo, Coahuila, no solo para dar techo y comida, sino para defenderlos de la criminalidad organizada.

El testimonio de un padre que busca a su hijo desaparecido es el hilo conductor de la crónica que Daniela Pastrana hace de la Red por la Paz y la Justicia, y de las Caminatas del Silencio que iniciaron en mayo de 2011, encabezados por Javier Sicilia. El poeta, víctima de la muerte de su hijo, al mostrar su dolor parece dar permiso de llorar a otros padres, reúne a familiares de víctimas de desaparición o asesinato. La autora reconoce:

[L]a principal virtud del movimiento fue poner en la agenda del país a las víctimas de la guerra. Romper su silencio. La movilización de los deudos colocó en el centro del debate la emergencia y volvió a movilizar a colectivos y ciudadanos que estaban aletargados. (Pastrana 97)

Marcela Turati escribe sobre las madres movidas por las leyes del corazón que se convierten en nómadas y van tras la pista de sus hijos desaparecidos, recorriendo el país peinando procuradurías, carreteras, hospitales, cárceles, morgues, cementerios, baldíos y fosas comunes (ver “Tras las pistas” 106). Cientos de esas mujeres, descritas como piedades incompletas que lloran en los rincones por el hijo que no pueden tener en brazos, deciden salir de sus casas y marchar juntas el 10 de mayo de 2012 por las calles de la Ciudad de México para reclamar a gritos los hijos robados del nido: “Hablaban con un lenguaje hilvanado con menciones a corazones rotos, vientres vacíos, dolores del alma, caminos regados con lágrimas, vidas hechas pedazos. Lloraban hasta cuando despotricaban contra el gobierno que quiere verlas enloquecidas” (Turati, “Tras las pistas” 108). Un encuentro que inicia años antes y se teje con un hilo que atraviesa el país y con el que se ha ido bordando el dolor por la ausencia, la incertidumbre, el miedo.

Turati, en su relato de la construcción de redes de mujeres buscadoras, no cesa de subrayar el motor afectivo que las mueve y les da la fuerza para sostenerse mutuamente, y da espacio a testimonios que cuentan del daño emocional que padecen las familias de los desaparecidos, del proceso psicológico que enfrentan con el apoyo profesional recibido en las organizaciones de derechos humanos que las acompañan y les han dado herramientas para exigir sus derechos y transformar su dolor en lucha colectiva.

Testimonio de una ética del cuidado mutuo que también se encuentra entre los reporteros de la crónica de John Gibler *Tinta contra el silencio*, así como en el trabajo de los voluntarios que rastrean a las personas asesinadas en la guerra contra el narcotráfico en el blog *Menos días*, y también en los tuiteros que utilizan las redes sociales como resistencia, como caja de resonancia para expresar el descontento y a la vez medio de comunicación alternativo, útil para hacer activismo en línea y como vía de presión colectiva (ver Job 164).

A través de las redes se organiza la campaña #enloszapatosdelotro en la que participan artistas, actores que dan voz a las víctimas, y se crea el portal Nuestra Aparente Rendición, espacio de escritores no solo mexicanos, que lograron traspasar el mundo de la resistencia virtual publicando un libro y constituyéndose como asociación civil. Experiencias que abonan a la apuesta por un periodismo de esperanza y confirman que cualquier forma de violencia exige una respuesta de cuidado, una perspectiva de la ética del cuidado que pone en primer plano el hecho de que, aunque la violencia se dirige a la destrucción de las relaciones de poder desiguales, nunca deja a nadie indemne. Tampoco a los jóvenes, carne de cañón de esta guerra. Son los niños sicarios y los juvenicidios endémicos el objeto del relato de Lydiette Carrión, que se concentra en los barrios marginados de Monterrey y en los proyectos que intentan alejar a los jóvenes del reclutamiento forzoso y de la marginación que los invita a sumarse al crimen

organizado. El daño afectivo en los adolescentes de los barrios populares es tan grande que todo intento parece ser rebasado. La solución a la marginación y a los hoyos negros afectivos que la discriminación deja no es sencilla ni rápida. Sin embargo, los proyectos “son pulguitas en un perro”, como afirma Rodrigo Montelongo, líder del proyecto Grafitos Colombia. Ahí están, pequeñas iniciativas, pulguitas luchando contra un abandono colosal (ver Carrión 193).

Si la violencia exige una respuesta de cuidado, la crónica de las personas sanadoras de almas es una constatación más. Desde las mujeres armadas con frasquitos de flores de Bach que alivian a quienes sufren de emociones alteradas, abatidas por huracanes de angustia, enojo o estrés, “pero principalmente con una gran paciencia y disposición para escuchar historias de vida, unas más terribles que otras” (Hernández 200). Como tantas otras iniciativas de sanación que se han multiplicado en Ciudad Juárez, una ciudad herida, carente de servicios de atención médica y psicológica debido al desplazamiento de profesionales, así como a esa misma violencia que genera enfermedades físicas y emocionales. Iniciativas concretas que testimonian que “en Juárez hay un movimiento silencioso, emergente, que busca recuperar la vida después de la sangre, del desierto arenoso de los labios, del trepidar de la carne, del pánico puro y llano. Pero sin olvido” (Hernández 211). Forma parte de ese movimiento la respuesta a la masacre de Villas de Salvárcar del mes de enero de 2010 en la que murieron 14 jóvenes, dos de ellos jugadores de un equipo de fútbol americano, los Jaguares. El coach, junto al padre de una de las víctimas se dedican a fomentar ese deporte como forma de reconstrucción del tejido social entre los jóvenes y de mantener viva la memoria de los jugadores fallecidos: Rodrigo y Juan Carlos. De la misma manera que en Morelos un padre crea un Centro de Educación y Capacitación que lleva el nombre del hijo muerto en manos de militares, Jethro Ramssés Sánchez Santana, como salida para no quedarse en el dolor y la pérdida y como alternativa de vida para ofrecer a los demás en memoria de alguien (ver Baltazar 252).

El texto de Daniela Rea “La justicia de todos”, en el que relata la gestación, organización y desarrollo de la policía comunitaria entre los indígenas que viven en las montañas de la Costa Chica de Guerrero y del sistema de justicia local que se inspira en sus ancestros, nos invita a reflexionar sobre la diferencia entre la ética del cuidado y la ética de la justicia. En la primera, el mundo social es visto como una red comunitaria en la que los sujetos son interdependientes, encarnados y situados (ver Kohen 175-188), y corresponde a la idea de justicia que se teje entre todos (ver Kohen 239). “Si hay uno que no teje, falta pedazo. O si teje mal, se rompe” (Rea 222), dice Cirino Plácido, uno de los policías comunitarios. Rea explica con mayor detenimiento la filosofía de la Policía Comunitaria:

Para la Policía Comunitaria, con base en sus creencias ancestrales, si una persona hace daño a otra es porque la educación en el hogar falló y la comunidad entera debe salir al paso para que no vuelva a hacer mal. Así, cada habitante tiene tarea por hacer. En su estructura los policías vigilan el camino y detienen a los delincuentes, otros habitantes actúan como jueces y dictan el tiempo de castigo que pasarán de pueblo en pueblo haciendo faenas. Los mayores, como Fulgencio, son los responsables de la reeducación y

las mujeres preparan la comida para alimentarlos a su paso por el pueblo. Mientras en el sistema tradicional a alguien que robó un pescado le dan un año de cárcel, en este sistema la condena es sanar con su trabajo las heridas colectivas. (Rea, “La justicia” 222)

Ese sistema tradicional que se menciona correspondería a la ética de la justicia en la que el mundo social es considerado desde la perspectiva de los individuos separados, autónomos, desencarnados, no situados (ver Kohen 187-188). Sin embargo, vale anotar que en estas crónicas, ambas, la ética de la justicia y la ética del cuidado, se complementan y están conectadas. La primera se apoya en la premisa de la igualdad y la segunda en la de la no violencia, que se resume en no dañar a nadie (ver Gilligan). Tanto la desigualdad como la violencia dañan las relaciones y son destructivas.

Escrituras acuerpadas

En el análisis de la representación del cuerpo del desaparecido, ni vivo ni muerto, que encontramos en las crónicas de estas periodistas mexicanas se propone una doble perspectiva, individual y colectiva en la que se cruza el objeto de estudio con el sujeto que estudia, investiga y escribe. Se trata de autoras que, en tanto periodistas en un contexto de alto riesgo, se juegan en la escritura el propio cuerpo. Porque hacer periodismo narrativo en México hoy significa exponer el propio cuerpo, sentir la propia vulnerabilidad que se manifiesta también en las formas afectivas y psíquicas del miedo y la inseguridad.³ Y es precisamente a partir de esta realidad que se moviliza la resistencia de la escritura, para desembocar en la idea de Judith Butler sobre la vulnerabilidad como condición socialmente producida que afecta sobre todo a las personas más precarias. El trabajo periodístico de quienes se exponen ante el otro inerme, evidencia la propia fragilidad y una ética de la responsabilidad y del cuidado que se hace posible sólo cuando nos sabemos vulnerables.

Así pues, junto a la compleja cuestión de la representación del cuerpo del desaparecido se plantea también la del periodista que pone en juego su cuerpo al investigar, buscar y escribir sobre cuerpos rotos, proscritos, desaparecidos, fragmentados, desintegrados. En este sentido, la publicación del otro volumen colectivo *Ya no somos las mismas, pero aquí sigue pasando la guerra* testimonia la transformación encarnada de la *narcomáquina* en *necromáquina*, el tránsito del biopoder como el poder de hacer vivir, en su devenir necropoder, un dispositivo de muerte que avanza engullendo territorios, cuerpos y futuros (ver Reguillo 8). El horror que han visto y el dolor que han tocado estas periodistas las ha hecho

³ No está de más recordar que México es el país sin conflicto armado más peligroso para el ejercicio del periodismo. La organización Reporteros sin fronteras reportó 74 periodistas asesinados en esta década. ARTICLE 19, en su último informe, refiere que en el país se registraron 331 agresiones contra periodistas y medios de comunicación solo en el primer semestre de 2022, lo cual significa que en México cada 14 horas se agrede a una persona periodista o medio de comunicación por ejercer su labor: “Las cifras registradas durante el primer semestre del 2022 suman un total de 2.304 ataques contra la prensa perpetrados durante el mandato del presidente Andrés Manuel López Obrador (1° de diciembre de 2018 al 30 de junio de 2022). Dentro de estos ataques se han cometido 34 asesinatos, 26 desplazamientos forzados y 2 desapariciones” (s.p.).

distintas, se han dado cuenta de que la violencia tiene un origen difuso y difícil de ubicar en el tiempo. Han tomado conciencia de que la violencia en el cuerpo de las mujeres no tiene un afuera y un adentro, un origen definido, aún menos un lugar estable. Porque la violencia se mete por puertas y ventanas y así entra en las casas, en las habitaciones y también en los cuerpos.

Todo esto las ha llevado a acuerparse, a ser comunidad y a seguir caminando de la mano de reporteras, poetas, académicas, artistas, documentalistas, fotógrafas, escritoras, investigadoras, que en el libro describen tanto las diferentes formas de violencia que cruzan sus cuerpos como el sistema que permite su reproducción. A partir de “sus prácticas de cuidar la muerte para cuidar las vidas [intentan] contar la violencia desde el cuerpo de las mujeres” (Rea, *Ya no somos* 22) como posible única respuesta común al dolor, como testimonio de las redes íntimas de mujeres que salvan. Así, el sistema epistemológico tradicional que separa el conocer del sentir se desmorona permitiendo una narración distinta.

Si el punto de partida en *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte* había sido el horror de la guerra que las obligó a caminar las ruinas de la destrucción, ahora declaran que el miedo las atraviesa, pero no les ha ganado, que han resistido ante estos años tan oscuros. Miran de frente (y hacia adentro) lo que les ha pasado y lo que les sigue pasando; lo que todo ese horror les ha hecho. La esperanza sigue en pie como resistencia, como actitud moral, mientras el dolor se multiplica y el horror crece. La sororidad se hace aún más tangible en ese abrazo hecho de palabras, de autoconciencia y de autocritica marcada por la perspectiva de género. Ahora eligen otras formas y marcan la diferencia al evitar las narrativas bélicas y desplazar el centro: “documentamos para nombrar, para dejar testimonio de esto que nos ha pasado y no ha terminado” (Rea, *Ya no somos* 64). Se trata de un acto de resistencia que denuncia la ausencia de un Estado de derecho, la permanencia de la impunidad como prolongación de la violencia sobre los cuerpos.

Una carta colectiva, escrita completamente en femenino siempre plural, una *carta desde nosotras* dirigida a *nuestras lectoras*, abre la lectura de este libro. Son mujeres que se acuerpan en la lucha desde el dolor, el miedo y el sinsentido, lo afectivo, el cariño, la confianza, la ternura y cuyo punto de partida es la escucha y el cuestionamiento profundo. No hay certezas sino la búsqueda continua, ya manifestada en *Entre las cenizas*.

Palabra y cuerpo son los instrumentos de una escritura que se encarna como posibilidad de expresión de los afectos y de desplazamiento del poder a través de la deconstrucción de sus palabras. Desde el horror y el espanto, las catorce autoras nos invitan a tejer vidas e historias con la fuerza de la palabra, “a sembrar raíces aunque hayamos sido arrancadas” (Rea, *Ya no somos* 76).⁴ Siembran esperanza y sentido con un lenguaje nuevo resignificando los verbos que han

⁴ Participan en este libro, junto a su editora Daniela Rea, Verónica Gago y Raquel Gutiérrez, que presentan respectivamente las dos partes en que está estructurado el libro; y con ellas las periodistas: Celia Guerrero, Daliri Oropeza, Daniela Pastrana, Emanuela Borzacchiello, Erika Lozano, Jose Antonio De Alba, Lydiette Carrión, Marina Azahua, Paula Mónaco Felipe, Marcela Turati y Sara Uribe.

elegido para introducir sus textos; verbos que se declinan libremente para poder narrar el pasado, testimoniar el presente y apostarle a un futuro que todavía no es (ver González 299).

Las dos partes en que está estructurado el libro corresponden a las dos caras de una misma realidad que se mueve y se contiene como el agua evocada en los títulos elegidos: “Una piedra cae en un lago” y “Un dique en el río”. Los verbos que marcan la primera parte –amar, reconstruir, confiar, abrazar, hermanar y cuidar–, caen en el lago de las diferentes formas de violencia que se vive en México, como signo de resistencia. Mientras que los verbos que las autoras de la segunda parte eligen –acuerpar, escuchar, acompañar, procurar, sanar y habitar– significan la labor de rastreo, de prácticas de vida que son testimonio de la contención de la violencia y de un corazón colectivo que sostiene.

Las ondas de la violencia que se expanden y avanzan sutil y silenciosamente sumando víctimas directas e indirectas, alcanzan a las hijas de mujeres periodistas –muertas, desaparecidas, perseguidas– a quienes Daniela Pastrana entrevista desde su propia experiencia de maternidad. El mismo periodismo que las ha roto ahora las sana con la fuerza del testimonio y del verbo amar con el que se tejen historias paralelas. Reconstruir, después de haber sido expulsadas de la propia casa y comunidad por la violencia de los cárteles, es el verbo que se conjuga en los testimonios recogidos por Celia Guerrero en “Las desplazadas se arman a diario”. El testimonio directo de dos víctimas de violación y tortura desemboca en la posibilidad de volver a confiar después de la destrucción de su cuerpo, de la humillación que se añade a su homosexualidad, de cinco años de injusta prisión en los que les robaron dos mil días de vida y el sentido de su mundo que se derrumbó (ver Mónaco 907).

Abrazar es el verbo que junta corazones y dolores de cuatro mujeres que llevan años esperando y buscando a los ocho policías desaparecidos en el municipio de Úrsulo Galván en Veracruz, en la crónica de José Ignacio de Alba. En “Despedir a una hermana” se declina el verbo hermanar que Lydiette Carrión elige para contarnos la desaparición y muerte de una hermana en Ecatepec, estado de México; mientras que Emanuela Borzacchiello conjuga el verbo cuidar como clave para entender el amor y la transformación del dolor en posibilidad de conocimiento a través del cuidado en “Una carta de amor en medio de la violencia”.

En los textos que reflejan el esfuerzo que implica ser un dique en el río nos encontramos con un difícil camino de sanación que lleva a expulsar el daño del cuerpo y a descubrir la ética del cuidado como asunto colectivo y de sabiduría femenina. Sara Uribe opta por el verbo acuerpar como acción femenina que lleva al abrazo: “Acuerpar es hacer comunidad con otras. Acuerpar es hacer la palabra abrazo, es hacer palabra que abraza” (1607). Daniela Rea resignifica el verbo escuchar desde el respeto, la humildad y la honestidad porque “escuchar puede ser un proceso de solidaridad, de acompañamiento, de construcción. Es, siempre, un acto político” (“¿Puedes ver a uno niño?” 1913), y así da voz a varias maestras del norte de México que dialogan entre sí y se enlazan con otras historias de violencia que tiene que ver con niños. El verbo acompañar es

práctica tanto como estado del ser en dos comunidades de mujeres unidas en la búsqueda de los cuerpos de los desaparecidos: las profesionales académicas que imparten talleres a las hermanas, madres y esposas que se preparan para seguir adelante en la búsqueda de sus seres queridos, entre ellas se encuentran y se acompañan dos formas de conocimiento, el científico y el de la experiencia (ver “*¿Me ayudarás a levantar su cuerpo?*”).

En cambio, Daliri Oropeza elige procurar como verbo que le permite hablar de las acciones que aseguran la existencia, alientan y revelan los motores de la esperanza en las dinámicas sociales y culturales de su comunidad al sur de México. El verbo sanar se resignifica en la necesidad de reparar la vida, restituir la salud perdida y reconectar el corazón, “recontarse con el corazón” (Rea, *Ya no somos* 2620) en un espacio, La Serena, construido y dedicado al *cuido* de las mujeres que cuidan de otras personas y de la vida, para abrazar a las defensoras de los derechos humanos, como dice Marcela Turati en “Cuidar a las que cuidan”. Se trata de una experiencia de autocuidado como acción política porque implica una reciprocidad que va del cuidado del otro, víctima de violencia, al cuidado de sí misma ante los daños y los riesgos que comporta el propio trabajo. También los espacios públicos se resignifican y se reconstruyen cuando se habitan de forma distinta por quienes se movilizan y resisten al olvido de las personas desaparecidas o asesinadas a través de marchas, acciones artísticas y festivales, como relata Erika Lozano.

El periodismo narrativo propuesto en este texto evidencia una política de violencia que ha transformado México en un país de muertos, la Comala de Rulfo, como afirma Cristina Rivera Garza:

[E]sa tierra liminar que tantos han considerado fundacional de cierta literatura fantástica mexicana, ha dejado de ser un mero producto de la imaginación, o del ejercicio formal, para convertirse en una verdadera protonecrópolis en la que se genera el tipo de existencia (no necesariamente vida) que caracteriza la producción textual de hoy. (36)

Es precisamente la producción textual de estos cronistas, que, re-leyendo y re-escribiendo los textos de muchos otros, los lenguajes de muchos otros, la que ha logrado extraer el fósil vivo del empeño y la confianza, las tradiciones y el ingenio, el sentido de comunidad y la fe que, entre otros tantos elementos, han salvaguardado la existencia del país (ver Rivera Garza 19).

En estas crónicas, el giro afectivo emerge como un instrumento de reflexión crítica que caracteriza la producción textual de sus autoras y pone en entredicho las estructuras falocéntricas y las nociones de práctica cultural heredadas del discurso latinoamericanista tradicional (ver Sánchez Prado 14). Desde el factor de los afectos, en el sentido de afectar y ser afectado, y la ética del cuidado que rebasa el racionalismo de la justicia para subrayar la fuerza del apego en las relaciones, las periodistas entran en una dimensión epistemológica distinta, se acuerpan para salvarse de los inevitables efectos de la violencia haciendo comunidad, sosteniéndose. Todo lo cual se rige en un principio de responsabilidad por el Otro que las lleva a escribir midiendo, eligiendo y resignificando las palabras, de modo que sus consecuencias sean compatibles con la sobrevivencia de la vida humana.

Obras citadas

- ARTICLE 19. “La desaparición y desaparición forzada de quienes ejercen la libertad de expresión en México”. *ARTICLE 19*: s.p. 2016. Web.
- Baltazar, Elia. “Una escuela para la memoria”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 243-252. Impreso.
- Butler, Judith. *Vidas precarias. El poder del duelo y la violencia*. Barcelona: Paidós, 2006. Impreso.
- Carión, Lydiette. “El barrio bajo acecho”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 171-193. Impreso.
- Cavareto, Adriana. *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México y Barcelona: Universidad Metropolitana de México, Antrophos, 2009. Impreso.
- Gándara, Sugeyry Romina. “Marcela Turati recibirá Medalla Theodor Heuss por su periodismo sobre desaparecidos”. *sinembargo.mx* 1 de febrero 2023: s.p. Web.
- Gilligan, Carol. *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: FCE, 1985. Impreso.
- Gómez Durán, Thelma. “El pueblo que espantó al miedo”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 27-50. Impreso.
- González Luna, Anamaría. “Daniela Rea (ed.). *Ya no somos las mismas y aquí sigue pasando la guerra*”. *Altre Modernità* 26 (2021): 299-302. Web.
- Hamington, Maurice, y Maggie FitzGerald. “Feminist Care Ethics Confronts Mainstream Philosophy”. *Philosophies* 7 (2022): 91. Web.
- Hernández, Luis Guillermo. “La ciudad de las personas sanadoras de almas”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 195-215. Impreso.
- Job, Vanessa. “La resistencia cibernética”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 147-169. Impreso.
- Kohen, Beatriz. “Ciudadanía y ética del cuidado”. *Búsquedas de sentido para una nueva política*. Eds. Elisa Carrió y Diana Mafia. Buenos Aires: Paidós, 2005. 175-188. Impreso.
- Monaco, Paola. “Dos mil días robados”. *Ya no somos las mismas y aquí sigue pasando la guerra*. Ed. Daniela Rea. México: Penguin Random House, 2020. 709-935. Kindle.
- Moraña, Mabel. “Postscriptum. El afecto en la caja de herramientas”. *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Eds. Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado. Madrid, Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 2012. 313-338. Impreso.
- Moraña, Mabel, e Ignacio Sánchez Prado, eds. *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Madrid, Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 2012. Impreso.
- Nájar, Alberto. “Vida en la ruta de la muerte”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 51-74. Impreso.
- Pastrana, Daniela. “Las voces de la guerra”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 75-99. Impreso.
- Rea, Daniela. “La justicia de todos”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 217-39. Impreso.
- Rea, Daniela. “¿Puedes ver a un niño y pensar que no hay futuro?” *Ya no somos las mismas y aquí sigue pasando la guerra*. Ed. Daniela Rea. México: Penguin Random House, 2020. 1923-2114. Kindle.

- Rea, Daniela, ed. *Ya no somos las mismas y aquí sigue pasando la guerra*. México: Penguin Random House, 2020. Kindle.
- Reguillo, Rossana. *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*. Guadalajara, Barcelona: ITE-SO, Ned, 2021. Impreso.
- Rivera Garza, Cristina. “Todos nosotros, fogatas”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 13-23. Impreso.
- Rivera Garza, Cristina. *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación*. México: Tusquets, 2013. Impreso.
- Sánchez Prado, Ignacio. “Presentación”. *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Eds. Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado. Madrid, Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 2012. 11-16. Impreso.
- Sedgwick, Eve K. *Touching Feeling. Affect, Pedagogy, Performativity*. Durham: Duke University Press, 2003. Impreso.
- Solnit, Rebecca. *Ricordi della mia inesistenza*. Milán: Ponte alle grazie, 2021. Impreso.
- Turati, Marcela. “Tras las pistas de los desaparecidos”. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Eds. Marcela Turati y Daniela Rea. Oaxaca: Sur+, 2012. 100-125. Impreso.
- Turati, Marcela. “Cuidar a las que cuidan”. *Ya no somos las mismas y aquí sigue pasando la guerra*. México: Penguin Random House, 2020. 2620-2655. Kindle.
- Turati, Marcela, y Daniela Rea. *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Oaxaca: Sur+, 2012. Impreso.
- Turati, Marcela, Efraín Tzuc, y Thelma González Durán. “Fragmentos de la desaparición”. *Quinto Elemento Lab*. S.p. Web.
- Uribe, Sara. “Aquí sigue pasando la guerra”. *Ya no somos las mismas y aquí sigue pasando la guerra*. Ed. Daniela Rea. México: Penguin Random House, 2020. 1605-1908. Kindle.